

¿Y SI TRASPASAMOS LAS FRONTERAS Y NOS HACEMOS CAMINO?

(O ya no más “ayudadores y ayudados”)

Lic. Luis María de Nicola

Argentina

VI ENCUENTRO LATINOAMERICANO
DEL ENFOQUE CENTRADO EN LA
PERSONA

Huatajata. Lago Titikaka
Marzo de 1992
Bolivia

PUNTO Y RAYA

Entre tu pueblo y mi pueblo
Hay un punto y una raya.
La raya dice no hay paso
y el punto vía cerrada.

Así entre todos los pueblos
raya punto, punto y raya
con tantas rayas y puntos
el mapa es un telegrama.

Caminando por el mundo
se ven ríos y montañas
se ven selvas y desiertos
pero ni puntos ni rayas.

Porque estas cosas no existen.
Si no que fueron trazadas
para que mi hambre y la tuya
estén siempre separadas.*

Agradezco a David Portillo Morales haber precedido la lectura de mi trabajo con esta canción de autor desconocido.

Quiero en éste trabajo expresar algo de lo que ahora significa para mi la experiencia de participar de la ayuda. Ayuda como forma de ser y estar que le es propia, inherente, al acontecer vital, y en el cual los seres humanos como personas y profesionales nos convertimos en una de sus manifestaciones posibles.

Quiero traer a la luz y examinar alguno de los presupuestos presentes en nosotros (de manera irreflexiva) que organizan la acción profesional en una dirección determinada. Presupuestos, prejuicios que configuran nuestras actitudes, técnicas, métodos y programas de intervención tanto dentro como fuera de la aproximación centrada en la persona.

Exactamente deseo enfocar una demarcación habitual, totalmente familiar de la cual no dudamos. Es una demarcación de identidades, roles y estados establecida con la pretensión de aliviar el sufrimiento y resolver conflictos. Paradojalmente la misma contribuye a perpetuar las condiciones que generan conflicto y sufrimiento al atacar, no sólo a los presuntos enemigos del bienestar sino a las fuerzas mismas del crecimiento.

Me refiero a la marcación de fronteras que estructuran todas las relaciones en términos de “ayudadores” por un lado y “ayudados” por otro. Está claro que me refiero a toda clase de relaciones, no sólo a las profesionales (que llevan al máximo esta pretensión), abarcando a individuos, grupos, comunidades, pueblos y naciones.

En este sentido vale lo mismo la ayuda del “sano” al “sidoso” como la de los “ricos” del primer mundo a los “pobres” del tercero. El modelo es el mismo. De paso no quiero dejar de señalar la importancia decisiva que implica sostener éste presupuesto en la formación y entrenamiento de personas que se inician en la práctica de diversas profesiones.

Nuestra vida está llena de buenas intenciones: amar, servir, curar, aliviar, enseñar, comprender, aceptar, entender, conducir, iluminar, redimir, liberar, salvar a otros o a nosotros mismos. A menudo estas buenas intenciones se vuelven exigencias – cuando no lo son desde un principio, un deber ser enfrentado a lo que creemos ser. Nos experimentamos entonces sometidos a juicio y a la posibilidad de premio y castigo, según la mayor o menor discrepancia existente entre nuestras representaciones: lo que creemos ser versus lo que creemos que debemos ser, lo cual torna confusas nuestras presentaciones.

De acuerdo a lo dicho la vida en su totalidad pasa a identificarse con propósito de cambio, es decir, cómo hacer para que el acontecer sea otra cosa que lo que es: mejor, más bello, verdadero, justo, o sano, o bien menos feo, falso, injusto o enfermo. Con lo cual la vida pasa mientras nosotros queremos estar en alguna otra parte, o ir hacia otro lado. Hasta que algún día algo no encaja con nuestras construcciones, surge el conflicto, el problema, algo falla y queremos cambiar. Y por todos lados se ofrecen “expertos en cambio” – ya sea terapéutico, filosófico, espiritual, social, político, etc.-que siempre laboran para que sus servicios sean imprescindiblemente necesarios. Para esto hay que crear consumidores de tales prestaciones y ayudas, e inventar infinitos problemas, conflictos, patologías, carencias, necesidades, tanto como teorías, métodos y técnicas que resuelvan tales problemas y nos liberen de la angustia. Esto requiere transpirar años y años de formación y entrenamiento aprendiendo trucos del oficio, mientras cuidadosamente se va desprendiendo el arte de escuchar, leer, palpar y asistir al darse del acontecer. Ocurre aquello de que el remedio es peor que la enfermedad, sobre todo en el caso de los expertos en “enfermedades” y “tratamientos”.

Curadores y curados, ayudadores y ayudados suelen identificarse a si mismos y a los otros en función de los mismos supuestos compartidos, alienando allí el misterio de la realidad, por el cual cada cosa es lo que es.

Está claro que con lo afirmado no desmerecemos a aquellos beneficios que ocurren cuando una ayuda es solicitada, y se realiza la consulta entre los expertos y sus clientes – que también son expertos por estar situados en el mismo universo cultural e ideológico.

Quiero situarme en el terreno de la observación de lo cotidiano, y en especial del ámbito de las llamadas **discapacidades**, dejando claro que no deseo centrarme en la comprensión de ninguna discapacidad en particular, sea física, mental, espiritual, social o política, para luego sugerir un tratamiento.

Quiero disponer de la imagen de la discapacidad como metáfora, para reflexionar acerca de nuestra vida diaria, personal y profesional. Podría elegir como ejemplo cualquier imagen de discapacidad, necesidad o carencia, pero expresamente elijo la imagen de una discapacidad física, y esto por todo lo que contiene de obvio en la vida cotidiana, sabiendo que sería mucho más sencillo ejemplificar la cuestión en términos de conflictos psicosociales.

Observemos que tal persona no tiene piernas, que otra no puede ver, que aquella no puede oír o hablar. Esta observación hecha por personas con piernas, visión y audición es traducida de inmediato a una fórmula verbal que pasa a definir a las primeras como “discapacitados”. La misma operación se cumple en referencia a funciones mentales, o desempeños y posiciones sociales, expresándose en términos equivalentes. Se registra la ausencia de trabajo, la imposibilidad de estudios, la falta de comida, y se encuentran términos rápidamente: los desocupados, los hambrientos, los vagos, “los...”. Por supuesto, quien así observa y en algún lugar definido como ventajoso, y también cabe que desde otro lugar considerado desventajoso alguien tome nota de la abundancia de recursos y oportunidades de otros: los afortunados, los poderosos, “los...”.

La anterior observación puede dar paso a conjuntos de acciones diferentes: ignorar lo percibido, disfrazarlo, justificarlo, convertirlo en una bandera de combate y movilizarse para la transformación de la situación a una posición distinta.

Sea cual sea la dirección seguida es habitual y obvio que tanto implícita como explícitamente se presume y admite la existencia de dos realidades, dos mundos o identidades concebidas como opuestas y separadas. De un lado ricos, poderosos, poseedores, explotadores, dotados, dueños, sanos, concededores, validos o capacitados. Del otro pobres, débiles, poseídos, explotados, necesitados y cadenciados, esclavos, enfermos, ignorantes, inválidos y discapacitados.

Para unos y otros la cuestión está fuera de duda. Está fuera de dudas que tú comes y yo no, que yo estudio y tu no, ustedes viven y nosotros morimos, etc. y sobre esto no hay discusión. Pero a la hora de hablar de profesiones de asistencia o ayuda, de expertos en salud, educación, acción social o política, etc. éstos y otros supuestos son rara vez advertidos y están fuertemente ideologizados, y puestos al servicio de intereses muy concretos. Estos mismos consolidan la situación e impiden – más allá de las buenas intenciones declaradas- que la misma se transforme.

Viene a mí el recuerdo de un fragmento de “una realidad aparte”, el texto de Castaneda, en el cual su autor dialoga con Don Juan, el brujo, a partir de su observación de un grupo de niños hambrientos:

“Después de tres días de verlos lanzarse como buitres sobre las más escasas sobras, me deprimí verdaderamente, y salí de aquella ciudad sintiendo que no había esperanza para aquellos niños cuyo mundo ya estaba moldeado por su diaria pugna por migajas.

-¿les tienes lástima?-, exclamó Don Juan en tono interrogante

-claro que sí-, dije.

-¿por qué?

-porque me preocupa el bienestar de mis semejantes. Esos son niños y su mundo es feo y vulgar.

-¡Espera! ¡Espera! ¿Cómo puedes decir que su mundo es feo y vulgar? – dijo Don Juan, remedándose con burla. A lo mejor crees que tu estás mejor, ¿no?

Dije que eso creía y me preguntó por qué, y le dije que en comparación con el mundo de aquellos niños, el mío era indefinidamente más variado, más rico en experiencias y en oportunidades para la satisfacción y el desarrollo personal. La risa de don Juan fue amistosa y

sincera. Dijo que yo no me fijaba en lo que decía, que no tenía manera alguna de saber qué riqueza ni qué oportunidades había en el mundo de esos niños. Pensé que don Juan se estaba poniendo terco. Creía que sólo me contradecía para molestarme. Me parecía sinceramente que aquellos niños no tenían la menor oportunidad de ningún desarrollo intelectual. Discutí mi punto de vista un rato más, y luego don Juan me preguntó abruptamente:

-¿no me dijiste una vez que, en tu opinión, lo más grande que alguien podía lograr era llegar a ser hombre de conocimiento?

-lo había dicho, y repetí de nuevo que en mi opinión, convertirse en hombre de conocimiento era uno de los mayores triunfos intelectuales.

¿Crees que tu riquísimo mundo podría ayudarte a ser un hombre de conocimiento?

-¡No!-dije enfáticamente.

-Entonces, ¿cómo pudiste tener lástima por esos niños?-dijo con seriedad-Cualquiera de ellos podría llegar a ser un hombre de conocimiento. Todos los hombres de conocimiento que yo conozco fueron muchachos como éstos que viste comiendo sombras y lamiendo mesas.

El argumento de don Juan me produjo una sensación incómoda. Yo no había tenido lástima de aquellos niños subprivilegiados porque no tuvieran suficiente de comer, sino porque su mundo ya los había condenado a la insuficiencia intelectual. Y sin embargo, en los términos de don Juan, cualquier de ellos podía lograr lo que yo consideraba el pináculo de la hazaña intelectual humana: la meta de convertirse en hombre de conocimiento. Mi razón para compadecerlos era incongruente. Don Juan me había atrapado en forma impecable.

-quizás tenga usted razón – dije- Pero ¿cómo evitar el deseo, el genuino deseo de ayudar a nuestros semejantes?

-¿Cómo crees que podamos ayudarlos?

-Aliviando su carga. Lo menos que uno puede hacer por sus semejantes es tratar de cambiarlos.

¿Usted mismo no se ocupa de eso? ¿O no?

-No. No sé qué cosa cambiar ni por qué cambiar cualquier cosa en mis semejantes.

-¿Y yo, don Juan? ¿No me estaba usted enseñando para que pudiera cambiar?

-No, no estoy tratando de cambiarte. Puede suceder que un día llegues a ser un hombre de conocimiento, no hay manera de saberlo, pero eso no te cambiará. Tal vez algún día puedas ver a los hombres de otro modo, y entonces te darás cuenta de que no hay manera de cambiar nada”.

En el texto percibimos la lástima de Castaneda por aquellos niños desde su pretendida posición superior de hombre culto del primer mundo que se cree preocupado por el bienestar de sus semejantes, mientras que no los percibe como semejantes. Él se pregunta cómo evitar el deseo de ayudar a sus semejantes, el deseo de cambiarlos. No hay nada fuera de lo común en este diálogo, y muchas personas y profesionales suscribirían con gusto tales opiniones.

Sin embargo, se me ha ido haciendo cada vez más patente, que este planteo normal, cotidiano, sostenido por todas nuestras instituciones oficiales y que a su vez las avala y sostiene, puede ser sencillamente falso y no por la existencia de “malas intenciones” en sus actores –que también las hay-, sino que es falso en tanto se ignora a sí mismo en su propia pretensión.

Pongamos un sencillo ejemplo. Vamos caminando por la calle, y nos encontramos con un hombre que viene caminando con dificultad, arrastrando su pierna y rápidamente lo identificamos: “paralítico”, y a continuación lo miramos con una actitud que lo congela en ese lugar, que lo paraliza, que detiene su movimiento.

De paso recordamos cuando éramos niños, y cuando en encuentros similares mamá o algún adulto nos aclaraba “tiene una enfermedad” tras lo cual agregaba la recomendación de no señalar con el dedo porque es mala educación. Notable, nosotros, nuestros dedos, no marcábamos un enfermo o una enfermedad. No lo señalábamos a él, sino al acontecimiento acaecido en ese instante. Lo que hacíamos era expresar abiertamente la aparición, la presentación de lo desconocido, de la diferencia, de lo otro en nuestro mundo habitual, y nuestro asombro. Era el “comentario-diagnóstico” el que instauraba una frontera, consolidando identidades y status separados.

También recuerdo algo que hacía en su juventud uno de mis profesores de secundaria, que muy temprano en su vida, se vio atrapado en la poliomelitis. Él subía a los ómnibus con su renguera, y para vencer la humillación que sentía por ser visto y verse como enfermo, como anormal, se obligaba a ser visto y verse como enfermo, como anormal, se obligaba a recorrer el vehículo de adelante para atrás, y de atrás para adelante, varias veces cada viaje. De esta manera obligaba a los demás a verlo, y se obligaba a ser visto, sintiéndose fortalecido por dicha práctica, que entre otras cosas parecía brindarle una cierta “adaptación social”. El luchaba por obtener una condición de igual, ser una persona, ser un viajero como los otros.

A varios años de aquel momento se me ocurre una idea algo diferente, o en todo caso con variantes nuevas acerca de lo que en ese vehículo ocurría. Tengo la impresión de que ese ir y venir suyo era un intento de salir de la trampa del planteo obvio: “tu cuerpo está enfermo”, “el mío, o los nuestros no”, y un intento también de ir hacia otro planteo: aquí, aquí mismo está, no ya un parálítico, si no “la polio” junto a la “no polio”. Aquí ¿dónde? En el cuerpo de ese hombre, sí claro, pero no sólo aquí si no también entre tu y yo, entre la comunidad de viajeros, aquí en la sociedad y la cultura, en nuestro mundo humano, en el acontecer.

Hoy día ya estamos lo suficientemente lúcidos para admitir que carece de sentido hablar de un cuerpo, de un organismo, o de un problema como entidades aisladas de lo otro. Pues bien, para mí hoy hablar de “tu polio” es un anacronismo. A falta de un lenguaje más adecuado que no estuviera preso de las distinciones que nos son habituales, tal vez podríamos decir “nuestra polio”, **la polio que nos habita**, que acontece entre nosotros, que entre nosotros “toma cuerpo”, y toma “tu” o “mi” cuerpo y persona. **Tu** parálisis **me** afecta, me mueve o me paraliza, especialmente si no quiero reconocerla, y **mi** proceder aumenta o disminuye **tu** dificultad y no nos estamos refiriendo solo a nuestras conductas, sino a la reciprocidad de nuestras experiencias, es decir, la forma en que mi experiencia de ti modifica tu conducta, y tu experiencia de mi modifica la mía.

Por lo mismo, si se trata de organismos humanos, hablar de tu neurosis o tu psicosis, o mi conflicto, o tu salud mental, o mi posición social como entidades separables, autosuficientes es también un anacronismo. De modo que “tu” esquizofrenia es también nuestra, expresión concreta y real de nuestro mundo escindido y alienado.

Por cierto no estamos sugiriendo aquí una consideración caritativa del tipo “amar y ayudar al hermano en su dolor y sufrimiento”. No. Lo que sí estamos diciendo es: experimentamos nuestra parte de ese dolor, que aquí presente no es sólo de él, sino de todos. No se trata de cambiar de rol, es decir, que yo pase a ser él y él pase a ser yo. Se trata de convivir, de estar en el mundo, de ser en el mundo, y del ser del mundo. Se trata de advertir que **no estamos fuera de nada**, así como la enfermedad o la salud no llegan desde afuera o algún adentro.

Nuestra solidaridad, en tanto personas y profesionales, más allá de nuestra subjetiva voluntad, de nuestra intención o deseo, es aún más básica, somos parte, somos este mundo, somos la parálisis y el movimiento, tú eres yo y yo soy tú. Entiéndase bien, el parálítico, como el neurótico, como el desocupado, es, está, no solo como parálítico, neurótico, desocupado; es mucho más que eso, o mejor es otra cosa. Igual ocurre con el “no parálítico”, “normal” u “ocupado”. Y además cada uno es parte del otro, de la totalidad que conformamos.

Pienso aquí en el entrenamiento académico de profesionales de la asistencia y el cambio. Una cofradía que reúne infinidad de médicos, psicólogos, educadores, trabajadores sociales, counselors, orientadores, religiosos, líderes de grupos, políticos, “parapsicólogos” y hasta una variedad de charlatanes. Pienso en su propensión – que también fue alguna vez nuestra- de creerse y actuar como salvadores. Pienso en la angustia que les invade cuando el otro con su simple presencia deshace la barrera trabajosamente levantada. Pienso en su gran dificultad y temor para pedir ayuda. No parece lógico. Dificultad para sí mismos, y de no poder recibir la ayuda de sus ayudados, aquella que ellos necesitan y quieren brindar en el despliegue de las capacidades propias. Aquella ayuda que si es rechazada, o no convocada y aceptada por el profesional, termina

socavando en ambos la genuina capacidad de transformación. Se trata como diría Illich de una “iatrogénesis”, es decir, la intención de curar que genera enfermedad.

Podemos también reflexionar aquí acerca de la dimensión institucional y política de éstas cuestiones en nuestras culturas, sociedades y pueblos. Cabe, por ejemplo, reconsiderar los planteos que sostienen posibilidades de ayuda de algún primer mundo a algún tercer mundo, o sea planes de “desarrollo” que debilitan y anulan las fuerzas del crecimiento. Del mismo modo sostengo que muy otra sería la conducta en políticas de gobierno y procedimientos institucionales, comunitarios grupales o individuales, si partiéramos de la consideración de que no hay tal cosa como políticas de la “minoridad”, “ancianidad”, “del aborigen”, “del desocupado” o de lo que sea. Estas construcciones que presuponen la existencia de entidades y problemas separados, impiden percibir el malentendido, la dualidad, la alienación básica que atenta contra la solidaridad básica originaria.

Hay política, sí, pero ha de ser política del acontecer en cuanto único, total e indivisible. En este sentido ser y estar con el niño, joven, adulto, anciano, analfabeto, desocupado, profesional, enfermo, etc. no es cosa de cada uno, o de algún experto, o comité de expertos iluminados, es cosa de cada uno y de todos al mismo tiempo. Tan sencillo como que no hay niños sin padres, abuelos sin nietos o nietos sin abuelos, analfabetos sin alfabetos, desocupados sin ocupados o maestros sin alumnos. El desconocimiento de esta obviedad genera luchas de unos contra otros a favor del logro de algún bienestar, o de la desaparición de algún malestar, y trastorna las posibilidades de cooperación convirtiéndolas en luchas de poder. Podría ser diferente si advertimos que en todos y en cada uno conviven el chico y el grande, el fuerte y el débil, pero mejor aún convive la vasta complejidad y el misterio del mundo que somos.

La situación no puede cambiar radicalmente en tanto no desaparezca nuestra creencia en la demarcación que la produce y mantiene. La miseria y el derroche se configuran en el mismo momento en que se levanta ese muro, esa frontera que separa, esa cartografía que confunde aconteceres con identidades, y que a su vez, genera infinidad de nuevas identidades “profesionales” tan alienada como las fronteras que le dan origen.

Podemos apreciar que un acontecer cualquiera: hambre, enfermedad, ignorancia, abundancia no es, no tiene residencia y origen en una identidad al modo de “el rico”, “el pobre”, “el inválido”, etc. El estado de las cosas en un momento dado es creado y sostenido por todo lo que sucede entonces, por toda la trama de los acontecimientos ligados entre sí. Una situación puede describirse en términos tales como: hambre-satisfacción, frío-calor, falta-abundancia. Esta situación como tal es la que orgánicamente se transforma a sí misma en su totalidad. Al menos así es como entendemos desde el acercamiento centrado en la persona la acción de la tendencia formativa. Antes de ser o creernos ser poderosos y débiles, dominadores o víctimas somos y estamos como hambre y satisfacción, y también como otra cosa que eso. Y no viene mal recordar que aún descripciones como abundancia, escasez son una cierta manera de enmarcar el acontecer.

Podríamos decir que **estamos** el mismo mundo (nótese que no digo “en” el mundo, no es un error tipográfico), estamos, “le brotamos” al mundo como diría Alan Watts. Me pasa que somos, te pasa que somos, nos pasa que estás. “La limosna del patrón es la zapatilla gastada del obrero” como decía Vinicius de Moraes. Y queramos o no queramos sentirnos parte, simplemente no podemos dejar de serlo.

La batalla contra la pobreza, la enfermedad, la deseducación, la discapacidad, la violencia o la neurosis, en tanto destrucción de un término y la elevación de su contrario, o en la versión new age el logro de una armonía integradora, fracasa. Fracasa en cuanto toma la forma de lucha contra una identidad para favorecer la otra identidad, reiteración del mismo modelo de dominio-sumisión. Esta propuesta del cambio de una identidad por otra, que pasa a configurarse como objetivo a lograr por el profesional de la asistencia y su cliente genera y perpetúa la alienación de creernos aparte unos de otros.

Este planteo de pseudos identidades nos ayuda también a percibir cómo nuestras habituales referencias de identidad son fuertemente cuantitativas: implican medida, cálculo, cantidad. Hablan de una actitud especuladora, de un más y un menos, de arriba y de abajo, de superior y de inferior, de mucho, poquito y nada. Se trata de la conversión de toda diferencia a una distinción jerárquica entre superiores e inferiores, que vale incluso para calificar los propios sentimientos, porque los hay “positivos” y “negativos”, y hasta parece que hay autoestimas altas y bajas, que darían lugar a la acción profesional de levante o rebaje correspondiente.

Parece que las definiciones de identidades se dibujaran desde la competencia por oposición excluyente: se es porque se es más o se es menos, el ser equivale a cantidad, en lugar de que el ser sea lo que es, “ni más ni menos”. Si conserváramos como premisa valiosa la construcción de una identidad o de una singularidad, tal vez debiéramos concebirla en términos de posicionamiento, de afirmación, de aparición entre, sin privilegiar una oposición sobre otra. Por ejemplo, podríamos no privilegiar la posición “ayudador” respecto de la posición “ayudado”, lo cual nos dejaría libres para interesarnos atentamente en la experiencia y proceso de la ayuda o asistencia misma, en tanto acto y actos de presencia.

Si de alguna manera se borrara en nosotros este hábito de privilegiar el más y el menos –lo cual no significa desconocer las diferencias-, se borrara este creernos ayudadores y/o ayudados y se generara otra perspectiva, podrían desprenderse de ellos consecuencias interesantes para la vida y los ejercicios profesionales. Por lo pronto, **como los miembros y órganos de un organismo nos reconoceríamos unos a otros como miembros presentes, asistentes y cooperantes, ocupados en el bienestar del ser total.**

Si ya no hay identidades privilegiadas y sus roles afine pudieran desaparecer la creencia de que alguien representa a otros, y el posible y consecuente abuso de poder al que tal creencia da lugar. Si nadie representa a otros, o a la condición de otros, no cabe ya creerse la voz de los de aquí o los de allá. No cabe más que alguien pretenda hablar o actuar en nombre de los enfermos, los desamparados, el pueblo. Ya nadie puede hablar “por”, cabe en todo caso ser el pueblo, vivir el desamparo, aparecer en tanto tal, nosotros el pueblo, en cada acción que nos expresa y sobre todo cuando alguien pretende adueñarse, en nombre del bienestar de los desfavorecidos.

En cambio puede caber **presentarse**. Hay toda una tarea que hacer con nuestra hambre y nuestra abundancia, con nuestra sabiduría y con nuestra estupidez, con nuestra miseria y con nuestra nobleza. Y es infinita la solidaridad posible de unos con otros. Pero ya no a nombre de éstos o aquellos, porque no queda nadie afuera.

Tal vez también aquí haya una clave para ejercer la **participación**. Ya no se trata de hacer participar a aquellos de los que se dice que no participan. Puede que ni siquiera sea cosa de “dejar participar”, o al menos no solo eso. Bien pudiera ser que necesitáramos admitir todos los impedimentos y obstáculos a la participación que se derivan de los supuestos a los que adherimos. Quizás baste como individuos, grupos, instituciones o comunidades participar, esto es **ser parte**, siendo que ser parte **es la forma de ser todo**, en tanto nada ni nadie deja de participar.

Posiblemente tengamos aquí elementos para pensar las cuestiones y problemas de la llamada “marginalidad”. A menudo esta aparece como un intento por parte de sus protagonistas de eludir el dilema de las posiciones habituales y enfrentadas, arriba o abajo, pero, que no llegando más allá en su desafío a la demarcación se frustra, acentuando aún más el dolor y el sufrimiento, Como alternativa a la marginalidad, más bien pudiéramos cultivar la fluidez, el tránsito por el margen, la capacidad de no quedar aferrados, pegados en y a ninguna entidad fija, especialmente aquella que pudiéramos creer como propia.

Entonces **ya no es cosa de meterse, o de ponerse adentro, o en lugar de, puesto que ya no se está afuera**, y el llamado afuera nos habita por dentro. Por ejemplo, ya no es cuestión de “ponerse en el lugar del sufriente”, o de calzarse los zapatos del otro, como suele recomendarse, y con lo cual se pretende ilustrar esa interesante emoción llamada empatía. Pero sí sencillamente, es

cuestión de ser parte del despliegue del sufrir, de sufrir con el sufrir sin pretender la identidad, sin pretender ni su permanencia ni su desaparición.

En la teoría y práctica de nuestro acercamiento centrado en la persona existe una larga tradición que hace uso de la noción de: EMPATÍA. Hemos ido y seguimos experimentado el arte de la empatía, y la empatía como arte –y del campo del arte, de la estética nos viene esta noción- es un fenómeno, o parte de la descripción de un fenómeno, constatable, experimentable y básico, originario en el orden humano, que no pudiera serlo de no existir tal fenómeno. No obstante podemos pensar, que no todo está dicho acerca de tal noción, y de que no todo lo dicho tiene que tomarse tal cual. Queda por hacerse una profundización del conocimiento de los obstáculos, que impiden o dificultan la emergencia del comprender empático en la vida cotidiana y/o profesional. Con esto quiero decir, por ejemplo, que una actitud de no empatía, no es un pecado, un defecto o algo que no debería ser, en oposición a una actitud empática, que supuestamente debería ser. Más bien podemos considerarla como expresión de un estar personal correspondiente a una situación y momentos dados, con la cual es posible resonar empáticamente, aceptar incondicionalmente y aprovechar adecuadamente.

Es posible que además de útiles, nuestras explicaciones acostumbradas sobre esta experiencia sean generadoras de dificultades o malentendidos, dada nuestra costumbre de cartografiar, de demarcar el acontecer, desde la tradición “psi”, en el contexto de la cultura científico-matemático-tecnológica del occidente moderno, con su peculiar concepción del mundo, el hombre, el conocimiento y la ciencia. O dicho más brevemente, la **experiencia empática** es un fenómeno mucho más rico que el que creemos explicar con la repetición de otras nociones que nos son habituales, y ciertos programas que se proponen adiestramos en la escucha empática, sin alterar estos supuestos básicos, pudieran ser más invalidantes que habilitantes.

Meditemos en algunos supuestos subyacentes a la noción de empatía. Suele definírsela como posibilidad humana, capacidad o actitud de “ponerse en el lugar del otro”, “adoptar su marco de referencia interna”, y desde ahí experimentar su experiencia como si fuera la nuestra, lo cual implica poder salir de un lugar hacia otro.

Se dice también que empatía, comprensión es compartir la experiencia vivida, una cualidad de resonancia en mi persona ante la aparición de la presencia personal del otro en cuanto tal. Y esto, a los fines de preservar, respetar, y afirmar su experiencia como suya y válida.

Sin embargo, no está de más tener presente que sobre estas bases también se puede derivar, en los hechos a, una manipulación de las diferencias conducente a su anulación, “Me pongo en su lugar”, como si esto me fuera posible, como si yo no fuera el otro que soy, y él otro que es para mí: Entonces quedo fijado ahí, y el otro queda fijado ahí, asimilado a mi percepción, y controlo apoderándome desde adentro, especie de olvido de mí, que no deja de ser también olvido del otro. Arma entonces de destrucción de la diferencia, de la multiplicidad.

No se resuelve esta dificultad asegurando la virtud de la propia posición, la pureza de los propios sentimientos, actitudes o intenciones. Tampoco cambiando la dirección del empalizar hacia o desde otra entidad: el vínculo, en lugar del “cliente”, como también lo hemos formulado.

¿Dónde ubicar la dificultad? Podríamos situarla en la condición de posibilidad de ejercicio de la empatía. Se supone una posición previa con la existencia de dos o más sujetos, en términos de distinción y separación sujeto-objeto, yo-no yo, yo-tu. Y luego se supone un tránsito de uno a otro, sobre la base de un despojamiento de prejuicios y presupuestos.

Se dice, y correctamente, que el ejercicio de la empatía hacia la experiencia de, o con otros nos transforma y enriquece, y así es, pero ¿por qué?

Propongo considerar la experiencia de la escucha comprensiva, no ya como paso de algún marco referencial externo a otro marco referencial interno, o viceversa sino en un sentido diferente. Más bien, como **una práctica de disolución de fronteras**, como un apercebimiento y

levantamiento de marcos y juicios, como un desalambrar el campo, con lo cual se facilita la **apertura a la experiencia**, apertura a la “experiencia abierta” en su particular carácter de fluidez. Y estoy diciendo desenmarcar y no simbiosis o fusión, levantando el alambre, todos los habitantes del campo siguen ahí con sus características particulares. Experiencia de desenmarcar lo marcado y el propio marcar, experiencia de **aprender a ver con una mirada inocente**, con la inocencia que viene de formar parte del mundo, que siendo lo que es, inocente, ni más ni menos. Una percepción o experiencia en el asombro, mirada o experiencia poética, sin pretender traducir el acontecer que es del otro y es propio.

Si como decimos en un trabajo anterior (2) “Persona es margen”, recordando a Paniker, y a tantos otros, la comprensión empática aparece entonces como **forma de habitar el margen**, o los márgenes, las fisuras, los intersticios, los “entre”, **aquello no demarcado**, lo que está fuera de la dualidad que configura la perspectiva humana “normal” de la vida.

Hablamos entonces de una mirada **originaria**, originante, creadora, mirada desde y en el origen que no supone ni compone o contrapone un sujeto a otro sujeto, un yo aún tu como formas preformadas separadas. Mirada anterior a la aparición de la dualidad, como dice Octavio Paz.

Por cierto entendemos esta comprensión, esta escucha, ésta experiencia de resonancia entrelazada íntimamente a esa otra experiencia que llamamos aceptación, consideración o validación incondicional. Tradicionalmente una definición negativa de esta noción la identifica con la actitud de no juicio, de no juzgar, de la no puesta de condiciones para ser y estar. En consonancia con lo que afirmamos respecto a la entrega al acontecer, donde no se presupone la existencia de “tú” lugar o “mi” lugar como entidades fijas separadas, sino más bien la aparición simultánea sucesiva de otros lugares para el tú y para el yo. Se trata de hacer lugar para la aparición de lo otro, al decir de Octavio Paz se trata del acceso a la otredad (3). Se trata de la posibilidad de una puesta en cuestión, en suspenso de toda referencia conocida, de toda identificación habitual, se trata de posibilitar la experiencia de ir más allá del ego, del si mismo acostumbrado, hacia otro si mismo más incluyente y trascendente que la habitual percepción de nosotros mismos como entidades individuales separadas.

Si esto es así, entonces ya no cabe juzgar o ser juzgado, puesto que no hay juez, ni nadie a quien juzgar. Hay lo que hay, está todo lo que está, lo que viene, lo que brota, las cosas son que son. “Aceptar” no requiere entonces hacer ningún esfuerzo, o renuncia a lo que experimentamos ser y la congruencia no es otra cosa aquí que la experiencia vivida y comunicada en su integridad constitutiva.

Estas tres actitudes básicas: empatía, aceptación o validación incondicional, y congruencia pueden entonces nombrar una experiencia de ruptura del estado acostumbrado de alienación, en que solemos instalarnos y desde el cual definimos quién queremos ser. Ruptura del creerse aparte de. O del creer a otro, o a lo otro como ajeno a nosotros, o a nosotros mismos como ajenos para el otro, como no prójimos, como no próximos. Diríamos entonces que se trata de de algo así como limpiar la percepción, una percepción abierta, de los límites y bordes de la propia percepción. Oportunidad de intentar acceder a la experiencia, antes de su posible categorización en términos de algún deber ser, como gustaba decir Carl Rogers: apertura a la experiencia organísmica. Experiencia de presencia y permanencia más allá del esquema unión-separación, apertura de un campo de no discrepancia donde carece de sentido poner duda cualquier experiencia que se presente, desde algún supuesto lugar exterior, objetivo y privilegiado. Más aún que desalienación del otro, o de si es en todo caso, el desvanecimiento de Maya, la ilusión, como se le llama en Oriente, el desvanecimiento, por un instante de las instituciones habituales que configuran la experiencia.

Y si es posible la trascendencia de tales distinciones, puede que también corresponda la caída y superación de otra distinción que existe en la base de las labores asistenciales: ayudadores

y ayudados. Tal vez no hay nadie para ayudar, ni hay nadie para ser ayudado. Tal vez no hay ayuda como acción privatizada, separada, localizada en alguna posición o entidad experta.

¿Qué hay entonces? Hay lo que hay, todo acontece, todo habla y calla, todo ilumina y esconde, todo es ayuda y hacemos lo que hay que hacer:

si hambre...alimento,
si frío...calor,
si soledad...presencia,
si violencia...respeto.

¿Dónde estamos nosotros? En ambos lados, nada nos es ajeno, **somos parte de la ayuda, la expresamos y le pertenecemos como modo originario de la existencia.** No es necesario esforzarnos para presentar ayuda, **ya estamos en ella, somos ayuda,** ella ocurre a través nuestro, nos da forma, nos transforma, ¿Y nuestra labor profesional entonces? Es simple, no apartarnos de ella, no interrumpirla pretendiendo poseerla primero y administrarla después. Esta me parece ser la más completa y genuina incondicionalidad, la más propia de nuestro acercamiento centrado en la persona.

Se trata de permanecer en la experiencia, y de no quitar una para poner otra, tan solo centrarnos en el asombroso equilibrio del acontecer donde todo ocupa su posición. Donde, como también decía Castaneda, para ver a un hombre es necesario verlo de otro modo:

-“¿Cuál es ese otro modo de ver a los hombres, don Juan?

-Los hombres se ven distintos cuando uno ve. El humito te ayudará a ver a los hombres como fibras de luz.

-¿Fibras de luz?

-Sí, fibras, como telarañas blancas. Hebras muy finas que circulan de la cabeza al ombligo. De ese modo, un hombre se ve como un huevo de fibras que circulan. Y los brazos y piernas son como cerdas luminosas que brotan para todos lados.

-¿Se ven así todos?

-Todos. Además cada hombre está en contacto con todo lo que lo rodea, pero no a través de sus manos, sino a través de un montón de fibras largas que salen del centro de su abdomen. Esas fibras juntan a un hombre con lo que lo rodea: conservan su equilibrio; le dan estabilidad.

De modo que, como quizás veas algún día, un hombre es un huevo luminoso, ya sea un limosnero o un rey, y no hay manera de cambiar nada; o mejor dicho ¿qué podría cambiarse en ese huevo luminoso? ¿Qué?” (4)

Por cierto, no entendemos esto como un simple instalarse, y dejar pasar las cosas de cualquier manera; como dijimos, se trata de otra mirada, de otra escucha. Propongo pues para el entrenamiento y la formación en el ámbito de estas actitudes, y de la confianza en la tendencia al crecimiento, un riguroso e interminable trabajo de apercebimiento de los marcos, categorías, y prejuicios que “ordenan” nuestra vida, creando un mundo, el mundo humano – y muchas veces inhumano-, en el que sobrevivimos, y en el que a veces, también vivimos.

Cabría aquí interesarnos muy seriamente en las cosmologías propias de las tradiciones suprimidas por Occidente, existentes en los márgenes de los espacios dominantes, donde la existencia está planteada sobre la base de esta otra mirada. Concretamente interesarnos en los pueblos y tradiciones, de todo el planeta y de todas las épocas, para quienes este mundo de todos los días no es el mismo mundo que el de nuestros días, y no para irnos a ese otro mundo exótico, sino para advertir en éste el milagro de la existencia de todos los días en su carácter de inefable:

**Brotas, eterno, ahora,
más acá o más allá
de todos los opuestos,
al margen de todo margen.**

**Ser de millones de millones
de formas,
joya de los innumerables brillos.
¿Es que alguien creerá domesticarte?
¿Habrá nombre que te nombre?**

**Tal vez no hay sino...el milagro,
Cotidiano, renovado, sorprendente.
Convocatoria y encantamiento.
¿Qué más pues, qué más?
Que asistir...estar presente.**

(5)

CITAS BIBLIOGRÁFICAS

1. CARLOS CASTANEDA “Una realidad aparte”. Fondo de cultura económica. México.
2. LUIS MARÍA DE NICOLA-CLAUDIO RUD “El nacimiento de la persona”. Trabajo presentado en el IV Fórum Internacional del Enfoque Centrado en la Persona. Brasil, 1990.
3. OCTAVIO PAZ “Prólogo a las enseñanzas de don Juan” de Carlos Castaneda. Fondo de cultura económica. México.
4. CARLOS CASTANEDA. Idem.
5. LUIS MARÍA DE NICOLA “Concelebración de la vida”. Argentina, 1987.